

"Caras y Caretas" Buenos Aires 22 diciembre 1923

22 XII 23

RECOSIDO EN "De esto
y de aquello" tomo I

«Eso es ganas de hablar!» He aquí una frase que solemos emplear cuando queremos decir que algo que se dice carece de fundamento. Pero ¿de fundamento de qué? Y ¿qué es fundamento? Como también solemos decir «hablar por hablar».

Y, sin embargo, el hablar por hablar que proviene de las ganas de hablar, aunque no se tenga que decir nada, es fuente de decirse. Se empieza hablando y se acaba diciendo. No siendo, además, cosa probada, ni mucho menos, que el hombre rompe a hablar por la necesidad de comunicar algo a un prójimo, aunque este prójimo sea él mismo. Uno mismo es, en efecto, el más prójimo o *próximo* a sí.

Creemos, más bien, que el monólogo es anterior al diálogo y que el hombre se pone primero a hablar consigo mismo para ahuyentar la soledad. Hay muchas, muchísimas personas, que cuando creen que nadie les observa, hablan en voz alta consigo mismas y hasta gesticulan.

El hablar por hablar es la flor del habla y no nos parece ningún disparate el sostener que la flor es el fin del fruto tanto como éste el fin de aquélla. Porque... ¿qué es eso de fin? Para el que gusta de huevos, la gallina es un medio para obtenerlos y para el que gusta de carne de gallina, el huevo es un medio de obtenerla.

Pudiera ser que el hombre haya empezado a hablar como el pájaro a cantar, para desahogarse, y que el decir algo haya sido una exigencia posterior. Y todavía hoy en lo más íntimo, en lo más entrañado, en lo más vital de las relaciones humanas, en el trato amoroso entre varón y mujer, lo que se diga es lo que tiene menos importancia; la cuestión es hablar.

«Juanito habla con Lola» — solemos decir, y al decirlo no suponemos que Juanito le diga nada de particular a Lola. El famosísimo diálogo de Romeo y Julieta no es cosa de decir, es cosa de hablar. Ni el suyo era tanto lenguaje cuanto *co-razonaje*.

Hablar por hablar, además, no es lo mismo que hablar para que le oigan a uno. Hablar por hablar es un deporte puro, es el goce del productor en producir, y hablar para ser oído es un deporte impuro, de exhibición; es producir para el consumo ajeno.

Podemos asegurarle al lector que no han sido nuestras mejores producciones literarias aquellas en que nos movía el propósito de decir alguna cosa precisamente determinada, aquellas de índole didáctica, sino aquellas otras en que nos movió a tomar la pluma o el cosquilleo de escribir o, como ahora nos sucede, el cumplir un compromiso periódico ya adquirido. Y suele



F L O R E D E H A B L A R

resultar que mientras el autor anda buscando un artículo o un ensayo o un poema, anda un artículo, un ensayo o un poema buscándole a él y que dice lo que ni pensaba que habría de decir. Que así como hay escritores a la caza de ideas, hay ideas a la caza de escritores. Que es lo que se quiere expresar al decir que hay ideas que flotan en el ambiente. Hasta que se posan.

De la forma sale el fondo antes que del fondo la forma. Hablar por hablar — o escribir por escribir — es algo formal, mas de ello suele surgir algún dicho. Pero ¿qué es eso de *dicho*? Porque no estamos muy seguros de qué sea eso de *dichos* o de *decires*.

En nuestro tomo de «Poesías» (1907) publicamos una titulada: «Sin sentido» que empezaba así: «Quisiera no saber lo que dijese, — nada decir, hablar, hablar tan sólo — con palabras uncidas sin sentido — verter el alma». Y, sin embargo, nunca hemos escrito nada con más sentido, y sentido... didáctico! Al empezar ese poemita no sabíamos — lo recordamos bien — lo que íbamos a decir en él; la cosa era hablar, era hacer versos, era engarzar endecasílabos y pentasílabos y sin hilo de rima, a ritmo puro, a cadencia desnuda de consonancias y asonancias buscadas.

Y al empezar este pequeño ensayo, no nos acordamos de ese antiguo poemita. Escribiendo este ensayo nos ha venido el recuerdo.

Los lectores, y sobre todo las lectoras, que están acostumbrados a oírnos hablarles por escrito — decimos «oírnos» y no «leernos» — nos agradecerán, estamos de ello seguros, estas líneas de monólogo.

Y decimos *oírnos* y *leernos* y *nos*, hablando en primera persona del plural y no de singular, no *oírme* y *leerme* y *me*, porque esto es un monólogo colectivo. Nos lo estamos hablando esto en un acto de intimidad y de libertad. Y nos lo estamos diciendo.

¿Verdad, lector o lectora, que en este momento formamos uno solo? Tenemos el hábito o la necesidad; yo de hablarte, y tú de oírme.

Cuando has puesto la vista en estas líneas te has dicho: «A ver que nos dice hoy Unamuno...» Pero ¿no crees que importa mucho menos lo que te pueda decir que el que durante unos minutos te arranque a preocupaciones impuras?

¡La cuestión es hablar, créeme, la cuestión es hablar!

Tú no eres, lector mío o mía, de los que se comen flores; te contentas con mirarlas y olerlas. Y este pequeño ensayo es una flor, créemelo. De papel, pero flor al cabo.

Y ahí la tienes.

MIGUEL B
UNAMUNO



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA